

LIBRO dot.com

Cartas gauchas

Nicolás Granada

LIBRO dot.com
<http://www.librodot.com>

Carta primera

Mi muy querida Benita
aunque bichoco y despiao,
de tanto haber caminao
en esta ciudá bendita,
le pego una cuerpiadita
al cansancio que me aplasta,
y haciendo honor a la casta
de criollo guapo y curtido,
a escrebirte me decido
Tuito el día, si me basta.
¡Que ha de bastar! Ni en un año
creo podría escrebirte,
cuanto tengo que decirte,
de embarrullao y de extraño,
como entre un susto tamaño,
he visto en esta ciudá,
que como borracha está,
gritona y embanderada,
florida e iluminada,
¡ques una barbaridá!
Después de andar en prisión
un día en fierro carril,
llegué como un perejil
a la mentada estación
que llaman Custitución,
y ques un galpón grandote,
ande dentramos al trote,
echando un humo jediondo,
y metiendo un batifondo
que daba al diablo un cerote.
Yo bajé medio entumido,
y ansina como almario;
de la vista encandilao,
y del mate dolorido,
cuando un mozo que me vido,
y se hizo cuenta, dejuero,
de que estaba en un apuro
en aquel corral ajeno,
vino a refalarme el freno,
y a ayudarme comedido.
-Veo que usted es pajuerano
-me dijo con güenos modos.
Mirá Benita: no a todos
les cai del cielo un hermano,
que venga a darle la mano
en un trance como el mío,

pues me encontraba en un lío
¡mesmamente soberano!
-¡Ha adivinao, amigazo!
-le dije al mozo pueblero;
¡Estoy como un hormiguero
a que le han dao un humazo!
Había sido fierazo
hallarse de sopetón,
en medio a una población
ansina, deste tamaño...
Mesmo que en un pago extraño,
suele hallarse un mancarrón.

-¿Y trai quipaje?
-Ese lío
que son mis pilchas camperas;
unas maletas fuleras,
y pa fumar el avío...
¿De qué se rai?
-Pues me río
de verlo a usté tan confiao,
largarse así, sin cuidao,
con su talero en la mano...
-¿Y no sabe quel paisano
nació para ser soldao?
¿No sabe que esta nación,
hoy tan grande y tan ufana,
nació de un toque de diana,
y un disparo de cañón?
¿Que un valiente pelotón
de paisanos argentinos,
más valientes que ladinos,
más patriotas que valientes,
levantaron imponentes,
esos colores divinos?
¿Ya no se acuerda, paisano,
de los Patricios mentaos,
de los bravos Coloraos,
de los Blandengues, del llano
en que con el sable en mano
y garabina terciada,
bajaba a la disparada
con su guachaje atrevido,
aquel Güemes tan temido,
el de la fama mentada?

¿Y no saben los puebleros,
que fueron gauchos al fin,
los bravos de San Martín,

los heroicos Granaderos,
los audaces, los primeros
que al cóndor de la montaña,
asustaron con la hazaña
de llegar hasta sus nidos,
y allí lanzar atrevidos,
su protesta contra España?

¿No saben que si hoy tenemos
patria, riqueza, fortuna,
se la debemos ¡Ahijuna!
al gaucho... ni más ni menos...
que ellos valientes y güenos
pa trabajar ande quiera,
custodiando la frontera,
en el rodeo o sembrado,
siempre se les vio formando,
al pie de nuestra bandera?
Como en misa se quedó
aquel pueblerito, Benita,
al oír esta licioncita
que ni en sueños esperó,
de que un gaucho como yo
se la diera de memoria,
pues ellos saben de historia,
como yo de hablar en gringo,
o como puede a mi pingo
montar cualquier sanagoria.
-¡Había sido doctor!
-me dijo riendo el mozo
-antes de salirme el bozo,
ya era en mi pago cantor,
y ya echaba un «¡De mi flor!»
a cualesquier atrevido,
aunque me dijera: «¡Envido!»
Con un bramido de toro,
porque el gaucho Martín Oro,
jamás se dio por vencido.
-¡Ansina me gusta un criollo!
-me retrucó aquel mocito
-mire, vamos ligerito
al almacén de Rebollo...
-¿Y eso es lejos?
-¡Qué! Ni un rollo
de lazo habrá dende aquí...
¿Ve ese tranquay? pues allí
está ese almacén mentao,
ande venden un guindao
que está pidiendo maní.

¡Qué almacén! ¡Qué cosa rica
de almacén! ¡Virgen María!
¡Si aquello más parecía
que almacén, una botica!
Gente grande, gente chica,
mujeres... ¡Cuánto Dios crio!...
A mí, Benita, me dio
al entrar un almareo,
con tanta luz y voceo,
y aquel tufo... a ¡qué sé yo!...

Tomamos nuestro guindao,
de un trago, a todo galope.
-¡Mozo! -grité.
-No me cope
la banca ansina, cuñao.
Yo he sido quien lo ha envitao,
y es justo que pague yo
dijo el mocito, y peló
un rollo e plata grandote,
llamó al patrón, y en un trote
mi alojamiento ajustó.

-Deje las pilchas no más,
que se las lleven pa dentro,
y aura vámonos pal centro
(siguió el mozo lenguaraz)
En el asiento de atrás
de un coche con campanillas,
que un tostao, puro costillas,
tiraba a rigor de azote,
nos juimos a ver, al trote,
las mentadas maravillas.

Mentadas, y con razón,
Benita, porque a mi ver,
son cosas para no creer
ni mesmo por soñación,
las que para esta ocasión,
ha inventao, con gran pacencia,
con habilidá, con cencia,
este pueblo extraordinario,
en honor del centenario
de la patria indipendencia.

Después de andar a porfía,
por mil calles bullangueras,
tuitas llenas de banderas,

y alumbradas como el día,
en que una loca alegría,
en mil modos diferentes,
entusiasmaba a las gentes,
que raiban, y que cantaban,
daban vivas, palmotiaban,
como si juesen dementes.

Juimos a desembocar
en un tremendo plazón...
Benita... ¡Mi corazón
se me agachó a corcobiar!...
Vos nunca has visto brillar,
en el cielo a los rastrojos,
tantas luces, a manojos,
como lucían allí,
que apenas medio las vi,
me hicieron cerrar los ojos.

¿Has visto el Altar Mayor
de nuestra iglesia campera,
cuando en ella se venera
nuestro santo protetor?
De velas ques un primor,
hay un por demás que asombra,
pues del techo hasta la alfombra,
tuito está bien alumbrado.
Pues ese altar adorao,
aquí sería una sombra.

No te podés dar razón,
de si es verdá u mentira
lo que ves, pues si se mira,
ansina, de refilón,
ves como una quemazón,
como si ardieran las casas,
como si en calles y plazas
volaran en un momento,
a los soplidos del viento,
llamaradas, chispas, brazas.

Hay un palacio grandote
que le llaman el colgreso,
que está entodavía preso
por un tablero almastrote.
Diai, un camino largote
te lleva hasta la otra plaza,
que cierra al fondo la casa
ande escribe el Presidente,

y ande va tuita la gente
que en el gobierno hace baza.

Todo eso está luminao
como con rayos de sol,
y entre uno y otro farol,
ves un precioso tablao,
en los que han acomodao
mil bandas de musiqueros,
que hacen unos entreveros,
tocando milongas viejas,
que te aturden las orejas
como pelea de teros.

El gentío anda en montones,
igual que langosta hambrienta,
y se estruja y se revienta,
a juerza de arrempujones,
codazos, y pisotones.
Naides por esto se enoja.
Las botas que truje en hoja,
me las han dejao peladas,
y ansina, medio ladiadas,
y con una suela floja.

Las mozas... ¡Virgen bendita!
todas a cual más devina...
No te amostacés mi china
por esta resfaladita;
porque bien sabés, Benita,
lo mucho que te apreceo,
y queste es un escareo
al ñudo, de patrio viejo,
pues por ninguna te dejo
y hasta durmiendo te veo.

Aura llevan unas gorras,
llenas de plumas y flecos,
como las de esos muñecos
para espantar las cotorras,
que las chacareras zorras
colocan en los sembraos.
Los vestidos ajustaos,
pa que uno la vista fije
en aquello que te dije,
que va todo señalao.

Con agua blanca y de rosas
llevan el cutis pintao;

los labios, por de contao,
y los ojos, y otras cosas.
Hay morochas muy hermosas,
que usan trenza y peluquete
rubio, pa afrentarse al cuete,
y por seguir la modita,
hay quien se pone, Benita,
una pluma en el copete.

Con una cincha ajustada
van toditas, por demás,
empujándose pa atrás
las tripas y riñonada.
Como una cabra asustada
caminan dando saltitos,
pues llevan los zapatitos
estrechos y puntiagudos,
los pieses medio desnudos,
y una cuarta de taquitos.

De los mozos ;no hay que hablar!
son unos desajeraos;
van toditos afaitaos
como bolas de billar.
Uno no sabe acertar
el ques hombre u es mujer,
pues vos no llegás a ver
un centenar con bigote,
y tomas por monigote,
al hombre de más valer.

Cansao de tanto mirar
aquel mar de lucerío.
De sentir el griterío
y oír las bamdas rebuznar,
dije: -Vamos a cenar.
-¿Ande? -dijo él.
-A un fondín.
-Mire, amigo don Martín,
lo mejor y más barato,
es dirnos aura pa un treato,
y cenar después del fin.

-Como guste -dije yo-,
aunque me silban las tripas...
-Tomemos dos sonceritas
ahí enfrente -y me llevó
a un café, donde pidió
unos sangüiches de queso,

dos chopes, y ya con eso
medio medio nos aviamos,
y ansina que despachamos
laimos un papel impreso,

en que todas las funciones
estaban de aquella noche...
¡Virgen Santa! ¡Qué derroche
de farras y diversiones!
Todas eran tentaciones
para mi amigo el pueblero,
pues yo, como hombre campero,
estaba, sin colegir
ande debíamos dir,
ni lo quera lindo o fiero.

Al fin el hombre me dijo:
-Ésta es medio rigular.
Creo que le ha de gustar
más rair que llorar, de fijo.
-Ansina es...
-Pues ésta elijo.
Llamó al mozo, le pagó,
y al salir me preguntó:
¿Conoce a Parra?
-¡Qué cosa!
¡Si soy del lao de Mendoza!
¡Si habré visto parras yo!

Perdoname, mi viejita
si aquí esta carta termino;
siento como un remolino
en mi cabeza, Benita.
Es una cosa infinita
contar esta fiesta loca,
y la razón se me apoca,
almario por esta trilla,
que esto es como pesadilla
de los que duermen de boca.

Carta segunda

¡Qué noche! ¡Si no he podido
dormir un solo momento!
¡Si no sé lo que te escribo
ni tampoco lo que pienso!
Ese pueblero ladino
me ha hecho daño a sigún creo.

El hombre se ha aquerenciao
con mi persona, lo mesmo
quesos perros extraviaos,
con el primer pasajero;
pero yo también, Benita,
siento por él un afeto,
como si lo conociera
quién sabe dende qué tiempo.
Anoche, como te dije,
juimos al triato... ¡Yo creo
que si no reventé anoche,
ya ni de chocho reviento!

Pero esperá que te diga
aquí una cosa primero,
que no sé cómo olvidada
se quedó en mi pensamiento.
Pa andar en esta ciudá,
ques mil veces nuestro pueblo,
hay pa todas direciones
unos cochazos inmensos,
que aquí los llaman tranguáys
en un idioma extranjero.
Esos cochazos que llevan
en su respetivo asiento,
o parao en poteformas,
un mundo de pasajeros,
no los tira ningún bicho
como guay, caballo, u perro;
van solitos, disparando
sobre unas barras de acero,
igual quel fierro-carril
que vos y yo conocemos,
pero sin locometiva,
ni agua caliente, ni fuego.
Aquí pa los dos... (mirá:
antes rezá un pagre nuestro)
Aquí pa los dos, Benita,
que anda ahí el diablo, sospecho,
porque ansina que se ponen,
en rigular movimiento,
echan pua arriba y abajo
un chisperío de fuego,
y hacen un quejido largo
y triste como un lamento,
mientras suena una campana
cual si tocaran a muerto.
Van a la juria, eso sí,
y si algún cristiano lerdo

se atraviesa por delante,
mientras viene como el viento,
no le queda para muestra
de la osamenta ni un güeso.
Otra cosa muy extraña...
(¡Invención de los porteños!)
Es el tomóvil, un coche
pa la familia, por cierto,
que corre como una gama
perseguida por los perros,
sin que naides lo arrempuje
ni lo tire, por supuesto.
Lo que sí, que es jediondazo
a más no poder, lo mesmo
que un zorrino enamorado,
cuando en las noches de invierno,
en los campos escarchaos
lo acosan los ovejeros.
Hay otros coches también,
unos viejos, otros nuevos,
cerraos como cajoncitos
con vigrios, otros abiertos,
con mozos que los manejan
con unos futraques nuevos,
todos llenos de botones
relumbrosos, y sombreros
como faroles, grandotes,
y aforraos en cierto-pelo
lustroso y más renegrado,
que lomo de gato negro.
Los que les llaman de plaza,
son fierazos por extremo,
y van manejaos por tanos
que da risa al solo verlos,
pues tanto como son limpios
los de la gente de pesos,
son estos de desasiaos,
lo mesmo que pordioseros.
Ésos sí, llevan caballos,
y ansina el caso es lo mesmo:
Los de los ricos... ¡qué pingos!
Los de plaza... ¡puros güesos!

Aura te hablaré del triato
que dejé por un momento:
¡Qué función tan cosa papa!
Pa la risa, por supuesto.
Figúrate un tano sonso,
que se ha casao medio viejo

con una china bonita,
y sin canas en el pelo,
a la que le arrastra el ala
un compadrito orillero,
desos que viven de arriba,
haraganes y sin medio,
confiao en otros como él,
u en la pobre «pior es menos,
a la que le hace el amor,
para vivir de sus pesos.
La casa es un hospital
de esos que llaman «loqueros»,
pues allí vive un mamao,
que dice que fue gobierno,
una vieja y su hija loca,
de las que es guay pertiguero,
otro viejo más borracho
que un barril con caña adentro.
Pero lo mejor de todo,
es otro tano muy fiero,
aficionao a las farras,
que ha formao como un rodeo
de locos de todas layas,
tocadores de estrumentos,
ansina como la banda
ésa que toca en el pueblo,
que ni Dios mesmo la entiende,
puro bombo y puro viento.
Aura verás lo mejor:
es carnaval. Un estruendo
se siente por tuitas partes
de cantos y de titeos.
La china del tano sonso
se escapa con su muñeco,
dejando al marido bruto
que de todo tiene miedo,
mirando el humo de un pito
cargao con tabaco fiero.
El mamao, medio dotor,
anda armao con un espejo
pa que toditos se miren,
a ver si son ellos mesmos.
Las otras mozas del patio,
se han disfrazao, y lo mesmo
hace el tano de la banda,
que se presienta muy fresco,
vestido de ray de bastos
con un garrote u talero,
haciendo tocar un tango

a su comparsa de perros.
Dentra la china traidora,
trenzada a su compañero;
el marido la repriende,
ella lo manda a paseo,
el carcamán ruerpe el pito
la mujer larga un ¡Me muero!
El compadre le hace frente,
pela el gringo un facón viejo;
la hacienda se hace un ovillo,
y pone el grito en el cielo;
todos corren asustaos,
y en medio del entrevero,
el tano caza al compadre,
y de un puntazo tremendo,
lo despacha al otro mundo,
despanzurrao como un perro.
Cai una cortina grande,
tapando todito aquello,
tal vez por la autoridad
que ya la cosa anda oliendo,
pero la gente gritona,
sin ver quel asunto es serio,
palmotea, patalea,
y grita ques un contento.
Se levanta la cortina.
¿Y qué te pensas que veo?
¡Pues riyendo y saludando,
Benita, al compadre muerto!
¡Me da una rabia!... Te juro
que si más cerca lo tengo,
le hago bajar los calzones,
y le doy un vapuleo,
pa que tenga más vergüenza,
y no se haga el zorro viejo,
y no nos robe la plata,
con farsas y fingimientos.

Mi amigo don Nicanor,
(que así se llama el pueblero)
quería correr la farra
por el barrio de Palermo,
llevándome a visitar
a un dotor, que en el gobierno
tiene yo no sé que mando,
u negocio, ansina desos
que plumean todo el día,
y por la noche lo mesmo.
Dice que en aquella casa,

naides jamás tiene sueño,
y hay bailoteo y jarana,
música, chupis, y juego.
Que hay mozas rigularotas,
(mejorando tu recuerdo)
muy ladinas y educadas,
y mansitas para el freno.
Yo que soy tu amante fiel,
incapaz de hacerte un feo...
porque el que nació güen mozo,
no puede hacer nada de eso,
a don Nicanor le digo:
-En ese trato no dentro.
Yo tengo mi mujercita,
a la que adoro y respeto.
-Pero ésa no está presiente.
-¿Qué me importa que esté lejos,
si con los ojos del alma
a todas horas la veo?
Vaya amigazo usté solo,
y si precisa dinero...
El hombre andaba cortao
con el gasto que había hecho,
y colorao como un pavo,
me dijo, medio riyendo:
-¡Había sido adivino
este don Martín, lo mesmo
que el médico Penadés,
que cura a cualquier enfermo,
con nada más que mirar
el retrato de su agüelo!
-¿Por qué lo dice, cuñao?...
-Porque me ha dao en el mesmo
centro de la matadura...
¡Si deso estoy padeciendo!...
Vea mi porta-moneda...
Con esto tan solo cuento:
dos nales y algunos niques...
Calculé mal, aparzero,
y no saqué de mi bolsa,
ni pa hacer cantar un ciego.
Mañana...
-¡Cierre la boca
y no me siga ofendiendo!
¡Que mañana, ni mañana!
¿Cree que soy un pordiosero?
¿O piensa que Martín Oro,
se largó del campo al pueblo,
pa que lo mantenga naides,

y andar la leche escondiendo?
Y ya el tirador di güelta,
y ya lo abrí todo entero,
y ya eché sobre la mesa
todito el rollo de pesos.
-¡Tome, amigazo! -le dije,
arrenpujando el dinero-
¡Tome lo que le haga falta,
igual que si de usted mismo
fueran estos pesos sucios
y todo cuanto yo tengo!
¡Tome, y vaya a divertirse,
si tienes ganas de hacerlo,
y dele al alma lo suyo,
y al cuerpo, lo ques del cuerpo!

Se le saltaron las lágrimas
al pobre mozo, y un beso
me quizo dar en la mano,
que yo retiré corriendo.
Después, con mucha vergüenza
y como agarrando fuego,
colorao como un tomate,
y mil disculpas pidiendo,
agarró... quién sabe cuanto,
que yo para no ofenderlo,
me hice ansina el que miraba
por las vigrieras, el tiempo,
mientras él, todo cortao
al tirador me echó el resto,
Diciéndome: -Güeno, amigo,
por obedecerle aceto;
pero mañana...
-¡Otra vez!
¡Punto en boca, o lo peleo!
Aura lo que sí le pido,
es que me llame un cochero
y me mande pa la casa
de don Rebollo. Estoy muerto
de cansao, tengo los pieses
hinchaos como dos escuerzos,
y la cabeza aturdida,
y como mamao de sueño.

Ya por supuesto a estas horas,
estarás prendiendo fuego,
y el gallo giró, en el tala,
su diana habrá echao al viento.
Ya ves que te recordé

en medio de aquel infierno
de bullas y tentaciones,
que con mi amor no pudieron;
y te tengo tan presente,
Benita, en este momento,
que apenas me he levantao,
mando esta carta al correo.

Carta tercera

Cuanto más cavilo yo
en las cosas que han pasao,
más el mate, embarullao,
se me güelve un pororó.
No sé ni puande empezar,
pa seguir mi referencia
que ni de un dotor la sencia
alcanzaría a explicar.
¡Y aura que a Don Nicanor
no veo, vivo ni muerto,
que con su ayuda, de cierto,
podría hacerlo mejor!...
Yo no sé lo que será
de ese mozo tan cumplido,
que se ha desaparecido
sin que se sepa ande está.
Al patrón del almacén,
le pregunté, y se riyó.
-No se aflija -contestó-
que lo ha de pasar muy bien.
-¿Y ande vive?
-No lo sé,
y aquí ninguno lo sabe.
Ése vive como esa ave,
que canta y naides la ve.
-A la cuenta será brujo.
-¡Y no más puede que fuera!
-¡Dejarme de esta manera
después que él fue quien me trujo!
-¡No se queje, don Martín,
de su amigo el resertor.
Tal vez que sea mejor
que lo haiga dejao al fin!

Mucho me ha hecho cavilar
esta razón del pulpero,
porque mi amigo el pueblero,
a mí no me ha dao que hablar,
él me sacó de un tirón,

cuando yo andaba perdido,
entre el bullicio y el ruido
dese infierno de Estación.
Él me trujo a este almacén,
él me llevó pal poblao,
pal trato... pa todo lao,
siempre portándose bien.
¿Quién sabe, si allá, en Palermo,
pande llevarme quería,
en alguna tropelía
se metió u estará enfermo...?
En fin, yo tengo pa mí,
quel hombre debe volver;
él no se puede perder,
siendo tan vaquiano aquí.

Vos pensarás, mi Benita,
que yo ando aquí voraciando,
como Anchorena gastando...
pues no he tocao la platita
que truje de capital
en el prencipal bolsillo
del tirador, pa un padrillo
ver si compro en la Rural.
La noche quel tirador
puse a la desposición,
(con todo mi corazón)
del amigo Nicanor,
este mozo fue tan fino,
que apenas un papel chico,
acetó de mi bolsico
ande guardo el macuquino;
pues, lo ques el rollo aquel,
está como lo pusiste
vos, cuando lo envolviste
con cuidao en un papel.
Aura, pues, con atención,
lee, china, lo que te digo,
porque a mi modo, prosigo
esta larga relaición.
En un dario que aquí leo,
de los muchos que han largao,
vi, lindamente pintao,
de barquerío un rodeo.
Cada buque parecía,
por sus señores cañones,
(que han de ser como frisiones)
en custión de artillería)
un fortín en flotación,

como pa hacer le patancha,
a quien dentrara en la cancha
con soberbias de matón.

En el ato colegí,
que esos barcosos, por cierto,
eran los mismos que al puerto
atracaos más antes vi.
Y ya, como es natural,
fui a preguntarle al pulpero
-¿Qué es esto?
-¿No ve el letrero?
«La gran revista naval»
-¿Y eso, ande fue?
-No, no ha sido;
hoy mesmo debe de ser.
-¿Y cómo han podido ver?...
-Lo soñó alguno dormido.
-Por dir a verla, cuñado,
yo no sé lo que daría.
¡Yo creo que empeñaría
hasta mi mesmo chapiao!
Yo nunca vide estos barcos
tan raros y tan grandotes;
solo he visto camalotes,
que boyaban en los charcos.
-¿Y por qué no se arremanga,
y se larga pa aquel lado?
-¿Y cómo me voy? ¿A nado?
-Si hay de lanchas una manga,
que por unos pocos pesos,
lo llevan en un bolido,
bien cuidao y mantenido,
ande están los buques esos.
-Su noticia no me alegra;
me asusta el agua...
-¡Pavada!
Si usted cai al agua, nada.
-¿Yo nadar? ¡Cimo una piegra!
Mire amigazo: contento
debe estar uno en lo suyo,
pues dende Dios, hasta el yuyo,
todo tiene su elemento.
Para vestirse, los trapos,
para el gallo las gallinas,
el hombre para las chinas,
y para el agua, los zapatos.
¡No importa! En esta ocasión
voy a ver si me resfalo,

y ansina, agarrao de un palo,
puedo ver esa función.

Mesmamente me largué
pal puerto, sin pensar más,
y aura Benita, verás
las cosas que allí pasé.
En un buque larguirucho
que le llaman «Golondrina»,
y que no es de largo, ansina,
como el galpón, ni con mucho,
dentro al igual de carneros
amontonáos en el brete,
un gentío... ¡La gran siete!...
De purititos puebleros.
Yo era el solo pajuerano
que me hallaba en la reunión,
y ya la mulmuración
empezó sobre el paisano.
-¡Che! -decía un cajetilla,
a otro bisojo y flacucho-
¡Te vas a divertir mucho
en cuanto empiece la trilla!
Mirálo a aquel que te dije,
como al palo se ha agarrao...
Creo que ya está almariao...
¿No lo ves como se aflige?
Decile que los botines
se saque, y el tirador:
ansina estará mejor
pa largar los chinchulines.
-¿A qué vendrá entre la gente
-decía otro- este pollino?
Y otro decía: -Éste vino
como vendría Vicente,
¿qué experiencia, o que leición
de este ato para él saldrá?
-Ninguna, pues sacará,
lo que el negro del sermón.

Que todito aquel responso
era pa mí, lo sabía,
pero yo, china, me hacía
a sus malicias el sonso.
Era inútil retrucar,
ni andar allí con custiones,
y más, cuando a trompezones,
comenzó el buque a bailar.
¡Dios mío! ¡Qué desconsuelo!

¡Qué ascos y descomposturas,
te dentran en las achuras,
cuando se te mueve el suelo!
Los pieses los sentís flojos,
las manos, por decontao,
el cuerpo como apaliao,
y medio bizcos los ojos;
frío, sentís, y calor,
sin razón ni fundamento,
y en ese mesmo momento
sos yelo y chorriás sudor.
En la forma más extraña,
un trompo se te hace todo,
y te echás, del mesmo modo
que perdiz cazada a caña.
Yo miré a mi alrededor,
coñaque u caña buscando,
cuando media res colgando
en el cerco del vapor,
a los mozos infelices
que endenantes me chuliaban,
vi, que las tripas echaban
por la boca y las narices.
¡Velay! Lo que me pasó
paradentro, yo no sé
pero me parece que
verlos así, me curó.
Y a un tano que allí pasaba,
muy alegre y muy ladino,
y que a un botellón de vino
de cuando en cuando besaba,
le dije: -Vea amigazo,
que todos semos hermanos,
igual cuando la empinamos,
u revoliamos el lazo.
Aura está usté en su elemento,
metiendo el cuerpo en calor,
y pasa, muy sí señor,
feliz, alegre y contento,
mientras yo, desesperao,
forcejeo una cinchada,
pa no largar la mascada
conque me he desayunao.
El gringo aquel, bonachón,
me alargó su vino seco,
y en su idioma me dijo: -¡Ecco!
E pegalé in chopetón.
Dejuo que no le hice asco,
y a la viuda me prendí,

de modo que me bebí
de in chopetón, medio frasco.
-¡Dispense si me he pasao
-dije, al volverle su prenda
al nápoles -¡No se ofienda,
pero estaba trasijao!
Miró el hombre despacito
el frasco, y tirando un pucho,
dijo: -Ma... sá dun gabacho,
¿Qui había sido in mosquito?
Después, alegres los dos,
nos raimos de buena gana,
y seguimos la jarana
como dos almas de Dios.

En la fregata «Sarmiento»,
que ha dao güelta al mundo entero,
llevando de pasajero
al muchachaje contento,
que a manejar el timón,
ques en los barcos la rienda,
ha puesto allí, pa que aprienda
el jefe de la nación,
entre una porción de gente,
rica, copetuda, ¡amacho!...
Puro bordao y plumacho,
estaba allí el Presidente.
Y ansina, como una santa,
por los manates rodiada,
atendida y festejada,
se vía también la Infanta.
Con una cara de bueno,
aunque tristón y callao,
estaba dellos al lao,
el Presidente Chileno.
Nos puso en nuestro lugar
una lanchita a vapor,
y ya comenzó el furor
del cañoneo a tronar.
Por delante de la lista
del buquerío presente,
el buque del Presidente,
comenzó a pasar revista.
Las orejas me tapé,
porque era aquello tremendo;
¡Qué cañoneo! ¡Qué estruendo!
¡Mesmo sordo, me quedé!
Las bandas, por decontao,
ya extrañas u nacionales.

Dele, dele, al ¡Oí mortales!
¡Nuestro íno, tan adoraó!
Igual que monos, arriba
trepaos, los marinos todos,
gritaban de varios modos
unos ¡burra! y otros ¡viva!
Tal vez algo se te ocurra
de ese modo de gritar,
pues yo he entrao a cavilar
¿por qué gritarían ¡burra!?
Una vez en posesión
los buques de su lugar,
dieron orden de largar,
y empezó la procesión.
Lo mesmo que parejeros,
a rigor de rebencazos,
echando fuego y humazos,
pasaron los torpederos.
No encuentro palabra alguna
pa decir lo que sentí,
cuando a aquellos buques vi,
pasar cubiertos de espuma,
y haciéndose chiquititos,
entre el agua que cortaban,
mientras las olas que alzaban
nos hacían dar brinquitos.
El fin de aquel entrevero
mesmamente no lo vi;
porque hambriento me prendí
a una juente de puchero,
quel tano, mi compañero,
pal ñate como luz,
le había hecho repeluz
a su amigo el cocinero.
Ya con el noque relleno
y con un taco de vino,
subimos... Un remolino
de barcos, dentro de un trueno
de músicas, cañonazos,
¡Vivas! ¡Burras! ¡Griterío!
Palmoteos del gentío,
y hasta besos, y hasta abrazos.
Muy patente me hizo ver,
aunque no soy adivino,
quel patriotismo y el vino
se daban a conocer.
Vi en ese mesmo momento...
(Lo que parece una broma)
¡Aquí nada la paloma

como en su propio elemento!
Estaba llena la mar,
mesmo como una nevada,
de una nube, una bandada,
que no hay ningún palomar
que pueda tenerla así.
Todas blancas, de un color,
con el piquito rosao
y todas, por decontao,
como charlando entre sí.
¡Ma mirra cuanto gaviano!
Dijo el tano alegremente,
gaviano, seguramente,
es paloma, en italiano.
Dentro el buque a caminar
como con rumbo pal puerto,
y yo de cansancio muerto,
recién dentré a respirar.
Allá en los barcos grandotes,
la gente se amontonaba,
y por escalas bajaba
y se metía en los botes,
mientras que en un redondel,
u mangrullo de soguitas,
un mozo con banderitas,
señas hacía en tropel:
y dentro del entrevero
salía un canto finito,
así como el golgorito
que hace en un tala un silguero.
El tano, ques un pillastre,
y da bromas a su agüelo,
me dijo: Mirra, esso uchello,
Si le yama contramastre.
En eso... El diablo Benita
no duerme... Un mozo al pasar,
quizo tirar agua al mar
y me la zampó todita...
Iba a darle... pero al fin
dijo el tano... ¡Per sa mama!...
Ésa e la sorte, e se yama,
Battesimo, don Martín.
Al oscurecer llegamos
al puerto: estaba molido
estropiao y dolorido,
y ahí mesmo desembarcamos.
Ansina, a lo de Rebollo
caí esa noche cansao,
tuavía medio almariao,

y hecho sopa como un pollo.

Carta cuarta

Hoy «¡25 de Mayo
de mil novecientos diez!»
me he levanta a las tres,
para ver el primer rayo
de nuestro sol venerao,
el que en los cielos impera,
el que en la patria bandera
¡con gloria el mundo ha pasiao!
Estaba oscuro: el pampero
volando alegre pasaba,
y allá a lo lejos brillaba
pal lao del río el lucero.
Arriba de la ciudá,
se vía un gran resplandor,
y se sentía un rumor
como de una tempestá,
desas que vienen rodando
con los negros nubarrones,
que parecen train cañones
que vinieran fogoniando.
A veces, gritos sin fin
hacían temblar la tierra,
como en un campo de guerra
el alariar de un clarín.
Otras, una palmotiada
cruzaba muy alto el cielo,
igual que si fuera el vuelo
aletiao de una bandada.
Yo creiba ser el primero
que me hubiera levanta a,
pero me había engaña o
en este orgullo altanero.
Nadie en el pueblo dormía,
todos con ansia esperaban,
a que el naciente alumbraran
las luces del nuevo día.
Sin esperar la llegada
del amigo Nicanor,
ya me dentró un escozor
de largar la disparada.
Y a la juría, como un rayo,
ya le empecé a menudiar
un trote muy rigular,
pa la Avenida de Mayo.
Cuando llegué a aquel plazón,
que más antes te nombré,

ya llenito lo encontré
de cristianos en montón.
Ya empezaron a llegar
muchachos como hormiguero,
y ya entró el entrevero
de ¡vivas! y el palmotiar.
Los chiquilines ufanos,
traían cintas de colores
patrios, y ramos de flores,
en el pecho y en las manos.
Y en cada escuadrón, ansina,
como de madre sirviendo,
iba el vientito batiendo,
una bandera Argentina.
En el corazón sentí,
como un ñudo de pesar,
al no poder ver formar
a nuestros hijos allí,
y más, cuando un redepente,
de golpe, de zopetón,
cruzó un trueno de cañón
y un repicar imponente,
y todo el pueblo, enterito,
entusiasmo, soberano,
como de un solo cristiano
largó a las nubes un grito.
Grito que nunca se oyó
igual en el mundo entero,
y que en mi vida no espero
volver a escucharlo yo.
Con ese clamor mezclao,
El ¡Oid mortales! se alzó
porque el grito que estalló
mismo; era ¡el grito sagrado!
Pensé en vos, en tus cariños,
de mi rancho en el rincón...
¡Porque la patria canción,
era cantada por niños!
Porque en ella iba una queja
a una esperanza mezclada...
¡La patria de aura, admirada,
unida a la patria vieja!
Mis ojos, dos manantiales
eran, y en llanto deshecho,
comenzó a gritar mi pecho:
«¡Oid mortales! ¡Oid mortales!»
Y solo, oscuro, perdido,
pobre gaucho del desierto,
vi, que lo que creiba muerto,

había otra vez nacido;
que aquello un nuevo bautismo
era del viejo pasao;
que el argentino, olvidao
no había su patriotismo.
¡Que a pesar de los extraños
que en nuestra tierra hospedamos,
la patria siempre adoramos
lo mesmo que hace cien años!...
¡Con mil cruces en montones,
juro, por nuestros hijitos,
que estos momentos benditos,
no los cambio por millones!

El día empezó a clariar,
y pa la parte del río,
en un tropel el gentío
ya comenzó a disparar.
Yo cabrestíé voluntario,
siguiendo la correntada,
pues no hubiera lograo nada
con forcejiar al contrario.
Cuando llegamos al fin
que aquí le llaman el puerto,
creí que no estaba dispierto,
al columbrar el sinfín
de barcos, de mil naciones,
y hechuras lindas o fieras,
tuitos llenos de banderas
y con morrudos cañones,
que llenaban un zanjón
por la drásena nombrao,
al uno y otro costao
aliñaos en formación.
Las banda de cada buque
tocaba alegres dianas,
y a lo lejos las campanas,
levantaban un batuque,
mientras que de humo en un vuelo,
y haciendo mil firuletes,
iban las bombas y cuetes
a reventar en el cielo.
El sol, ese sol que adoro,
sobre el agua aparecía,
y en ella un manto tendía
de piedras finas y de oro,
y a su resplandor primero,
se vio en todas direcciones,
brillar de los batallones

las bayonetas de acero,
que al repiquetiar marcial,
de los tambores de guerra,
serpentaban por la tierra
cual víboras de metal.
Redepente, entre los sonos
de aquel barullo contino,
se oyó un silbidito fino
como el de los charabones.
-¡Ahí vienen! -gritaron, llenos
de entusiasmo los presentes
-¡Ahí vienen los cotigentes
de los cadetes chilenos!
Yo no sé lo que pasó
en aquella disparada,
en que como hacienda alzada
la gente arremolinió.
No sé si al paso u al trote,
por el aire u por el suelo,
nadando, andando, u al vuelo,
anduve un trecho largote,
porque me vine a encontrar
cerquita a la Catedral,
sin un botón, ni un ojal
en mi ropa de pasiar;
con el ponchillo rompido,
la golilla desatada,
la bombacha algo estropiada,
y un dolor en el vacido.
Por fortuna, el tirador
lo tenía en su lugar,
y a lo que pude tantiar,
en el estado mejor.
En el mismo redepente
dentraron los chilenitos
todos muchachos, bonitos,
y marchando lindamente.
Delante del batallón
venía un mocito altote,
que traiba como un garrote
con mucha borla y galón.
¡Bien haiga el mocito alhaja
a quien todos almiraban!
«Tambor Mayor» le llamaban,
pero era un tambor sin caja.
Del bastón a un revolido,
la banda lisa tocaba,
y en cuanto ansina lo alzaba,
ya comenzaba el chiflido

de unos pitos chiquititos
cual cigarro de la paja,
que acompañaos con la caja
hacían sus golgoritos.
Con una facha muy bella,
otro de planta altanera,
traiba en alto la bandera
tricolor con una estrella.
¡Qué palmoteos devinos
se oyeron allí estallar!
¡Y qué tremendo vivir
a chilenos y argentinos!
Yo pensé -¿Pero endeveras
estuvimos por peliar
un día? Hay que confesar
que también las borracheras
suelen los países sufrir,
como suelen los cristianos,
y así, se van a las manos
sin pensar y sin sentir.
Marchando a la retaguardia,
güenos mozos y paquetes,
venían nuestros cadetes,
como de escolta u de guardia
de sus hermanos chilenos,
y pa decir la verdá,
no había desigualdá
entre ellos: ni más ni menos.
Solamente reparando
en la marcha, fue notada,
que con la pierna estirada
y la tierra pisotiando,
los chilenitos marchaban
muy tiezos y agarrotaos,
mientras que nuestros soldaos
más natural caminaban.
Siempre el chileno, pintor
fue en estas cosas de andar,
y no hay más que recordar
su caballo braciador.
Pero en la paz, u en la guerra,
una son las dos naciones,
ya marchemos remolones,
u ya patiemos la tierra.
De aplauso una tremolina,
entre viejos y muchachos.
Se sintió al ver los penachos,
con la bandera argentina,
y entre el contino vivir,

que entusiasmaba a cualquiera,
se vio pasar la bandera
de la Escuela Militar.

A este y aquel batallón,
de un lao y otro de los Andes,
soldaos de naciones grandes
les siguieron en montón.
Los italianos pasaron
entre un purito clamor,
de admiración y de amor,
que a una voz todos alzaron.
Después vinieron franceses
al son de una marcha hermosa,
y en coluna muy rumbosa,
los alemanes e ingleses.
Del Portugal la legión
se presentó en gran parada,
y en seguida... ¡una monada!
¡Los chinitos del Japón!

¡Habías de ver, Benita!
Toditos eran iguales,
y como primos carnales
de nuestra gente criollita.
Todos tenían la marca
morochita, pajuerana...
¡Si llevarlos daba gana
pa Salta o pa Catamarca!
A uno que yo me acerqué
le dije: -¿Vos sos de acá?
Y él contestó: -tjit-ni-tjá
ques: -«¡Para servir a usté!»
Tras de esos, lindos, iguales,
y marchando muy ufanos,
vinieron nuestros hermanos,
los valientes Orientales.
En su bandera devina,
sobre la que caían flores,
vi la historia y los colores,
de la bandera Argentina.
Igual la sangre y el brío,
en el corazón llevamos...
Por eso nos abrazamos,
a través de nuestro río,
de nuestro río de Plata,
que ha sabido un nombre darnos,
y que en vez de separarnos
más estrechito nos ata.

Para este sitio he dejao,
con malicia e intención,
hacerte la relaición
de lo más lindo y mentao...

Han de pasar tantos soles
cuantos sobre mí pasaron,
pa olvidar lo que dejaron
en mi alma los españoles,
cuando los vi defilar
por frente a la iglesia santa,
en que hoy mesmo se levanta
aquel memorable altar,
en el que entre oro se ve
la gloriosa Trinidad,
que puso allí su piedá,
su decisión, y su fe.

La que dio el nombre primero
a esta ciudá poderosa,
que hoy recibe cariñosa,
y con amor verdadero,
a la madre, a la nación,
que esta tierra descubrió,
y generosa nos dio
alma, sangre y corazón.

A la que si en el pasao
su poder desconocimos,
no por hacerlo rompimos
el lazo eterno y sagrao,
que siempre estuvo y está
más rebusto cada vez,
porque es nuestra historia, y es
nuestro orgullo y vanidá.

Después de haber defilao
entre aplausos estas tropas,
les tocó el turno a las nuestras,
que no se quedaron cortas,
en el garbo melitar,
con que se portaron todas.
El regimiento primero,
que al mesmo tiempo es escolta,
y se llama «Granaderos
a caballo», como una honra,
pues recuerda a aquellos bravos
tan mentaos en nuestra historia,
se presentó como un chiche,
llenando la calle toda

con sus bravos escuadrones,
de gente linda, güen moza,
montada en pingos amacho,
y vestida en una forma,
que los viejos «granaderos»
nos traían a la memoria.
Tras de esos, los coraceros
venían que era una gloria,
con sus sombreros de fierro,
de los que caiba una cola
bien painada y sin abrojos,
que les agarraba toda
la espalda, también de fierro,
como de la mesma forma
era el pecho relumbrante
como espejo, ¡linda moda,
pa defender al cristiano
de una lanzada traidora!
Después, venía detrás,
otro cuerpo, con más colas,
siendo estas blancas, y caindo,
ansina dende la copa,
igual que un sauce llorón
que en mil hilos se desfloca.
Un mozo que estaba allí,
y parecía persona
laída, dijo que fulanos
los llamaban en Uropa
a aquellos soldaos, armaos
de lanzas con banderolas,
con los pechos coloraos,
llenos de bandas y borlas.
Después deso, vino un mundo
de gente de todas formas:
artilleros con cañones,
mulas cargadas de cosas
que parecían carretas,
medias deshechas u rotas;
mocitos montaos en ruedas,
y con fachas de langostas;
y después, la infantería,
que me parece que a esta hora
entuvavía está pasando,
¡así era de tamañota!
Lo que me almiró deveras,
fue ver en medio de todas
estas gentes, batallones
con unas palas largotas
de puntiar, picos, azadas,

y unas hachas muy filosas.
Yo creo que eran colonos
alquilaos pa la patota
de la formación aquella,
a la que no vi la cola,
porque ya me arrempujó
el gentío echo pelota
a los gritos de «¡Ya viene!»
que rugió un millón de bocas.
Mientras «la seguridad»,
voráz y atropelladora,
nos metía los caballos,
gritando: -¡Paso, que estorban!
¡Recúlense para atrás!
¡Dejen que pase la tropa!
Porque ahí viene suselencia,
con su cometiva, toda,
y también viene la Infanta
de la nación española,
y el Presidente de Chile,
con ministros y señoras,
y manates, arzobispos,
sipotenciarios de Uropa,
jefes de toditas partes,
dotores, y otras personas
grandes, laídas y escrebidas,
que ni en un año se nombran.

Lo mesmito que un mataco
que al correrlo se hace bola,
me retobé lo posible
detrás de una planta altota
que estaba allí, mesmamente,
como pa que una persona
se pudiera resguardar
de aquella gente cargosa,
que, menudiándole encuentro,
quería que a toda costa
uno le abriera camino,
pa que ella estuviera cómoda.
En eso... (yo no sé como
poder contarte la cosa,
Benita, pues aura mesmo,
en la cabeza una polca
me baila cuanto allí vide,
lo mesmo que si una mona
Morruda, hubiera tomao,
y sucedidos e historias,
barajara pal revéz

en una gran mazamorra),
primero, vide venir,
en una carrera loca,
un montón de Granaderos,
de los que forman la Escolta,
como alma que lleva el diablo,
galopiando presurosa,
y con un ruido tremendo,
pasó en sus fletes la tropa,
que sofrenó de un tirón,
frente a la puerta grandota
de la Catedral. Hay mesmo,
en un pingo, rica cosa,
montao al uso de extranjis,
con más flecos y chirolas,
galones, chafalonia,
y pilchas nuevas en hoja,
se presentó... yo no sé...
güeno... un manate de nota,
con un guante en cada mano,
y los dos pieses con botas
recién hechas, de charol,
espuelitas a la moda,
ansina, de cajetilla,
desas torcidas en forma
de las espuelas del gallo,
con una galera altota
que rejucilaba al sol,
como de vigrio u de loza;
bien parecido, afaitao,
con una cara seriota,
sin mirar pa ningún lao,
y tieso como una escoba.
Yo me refalé el sombrero,
creyendo que esa persona
fuera el mesmo presidente,
mucho más, al ver que toda
la gente lo mesmo hacía,
y que con mil palabrotas
a unos carcamanes rubios,
que serían de la Uropa,
ansina, de Ingalaterra,
ques diande vienen las bolsas
desas monedas chiquitas
que llenitos de bamboya
llaman los puebleros «libras»
no pesando ni media onza,
hicieron unos mocitos
que se quitaran las gorras

-¡Viva Suselencia! -dije,
por decir alguna cosa.
Todos se echaron a rair,
y le jugaron chacota.
Yo medio me retobé
porque no recibo bromas,
y menos de compadritos,
y haciendo la pata anchota
les dije -¿De qué se rain?
¿Tienen achuras de sobra,
y andan buscando un dotor
que en su lugar se las ponga?
Yo aquí estoy para servirles,
y no hallarán ninguna otra
mano mejor que la mía
pa dar un tajo a una bolsa.
Diciendo esto, eché la mano
a la cintura... ¡ni jota!
Mi cuchillo vaina e plata,
en un cajón de la cómoda
lo había dejao guardao,
en mi cuarto de la fonda.
¡Bonito papel hacía
si los cumpas de la broma
se dan cuenta de que yo
me hallaba en aquella forma!
¡Que me componía el pecho
pero quera pura boca!
Por suerte se acoquinaron,
y en una sentada sola
se echaron patrás de un golpe
aplastando a una señora,
que chilló como un chanchito
cuando le aprietan la cola,
-Ud. perdone, señor
-dijo uno con voz temblona-
no ha sido por ofenderlo
¡cualquiera se equivoca!
Ese hombre que Ud. tomó
por el dotor Figueroa,
es el picador.
-¿El qué?
Dije yo: -¡Basta de bromas!
¡Más le picaba a su agüela
la tuerta, bisca, u bisoja!
¡Picador! ¡Está bonito!
¿No se l'ocurió otra cosa?
¿Piensa usted que voy a creerme
que la autoridá se forma

de un modo, ansina, ordinario,
como una carreta criolla,
que precisa picador
pa que ande? -¡Gente curiosa!
Tuitos allí me miraban
abriendo tamaña boca,
como si yo fuera un bicho
de alguna tierra lejota,
diande es el urugután,
el lefante u la hipopota,
bichos todos a que he visto,
y esta carta no menciona,
por hallarte en el estao
en que estás, y que no es cosa
que vaya a nacer el chico
con una cara fierota.
Paeso, mientras alegábamos,
ya una volante lujosa
tirada a cuatro caballos
ensillaos a la dumona
(asigun dijo un letrao
que estaba tomando notas)
y que parecían, mesmo,
de los del circo de lona:
de aquellos volatineros
que trabajaban en Córdoba
¿te acordás?... güeno, lo mesmo...
Y dentro de la carozza
venía (esta vez deveras)
el presidente en persona,
con una viejita gruesa,
con vestimenta lujosa,
que se raiba y saludaba
para una parte y para otra,
mientras todos palmotiaban,
gritando, no sé qué cosas...
Yo, por no quedarme atrás,
aunque con la voz muy ronca,
le largué un ¡viva! redondo,
y le hice una ceremonia
ansina, con el sombrero...
Y no fue al ñudo la cosa,
porque ella me columbró,
y muy güena y muy llanota,
el saludo me volvió,
siempre con risa en la boca...
Ese saludo, Benita,
cayó en mi alma media loca
de entusiasmo, como caí

en el desierto una gota
de agua fresca, o en la piegra
que cubre a un muerto, una rosa.
No tengas celos, mi china,
porque en aquella señora
vide algo como mi madre,
¡Quel Señor tenga en su gloria!
Y, mesmamente, una madre
pa todos esa matrona
representaba, porque era...
(¡Ya lo sabrás de memoria!)
La Infanta doña Isabel,
la más alta embajadora,
que a nuestra tierra Argentina
(la hija mimada y hermosa)
pudiera mandar España
trayéndole su alma toda.

No te haré la relación,
que ya sería largota,
de lo que vino detrás
en aquella ceremonia;
pues era un montón de coches
con mucha gente lujosa,
toda llenita e bordaos
de oro fino, plumas, borlas,
medallas, cintas, cadenas,
cordones, fajas y piochas,
lo mesmito que un altar
de una santa milagrosa...
Salió de la Catedral,
con una cruz muy altota,
otro pelotón de curas,
vestidos con camisolas,
como las que te compré
pa cristianar a Petrona,
y en medio del Hino Patrio,
toca por las bandas todas,
el repique de campanas,
el estruendo de las bombas,
y el vocerío tremendo
de cientos miles de bocas;
bajo los rayos del sol
que parecía una gloria,
pa oír cantar a un tal Tadeo,
ques un cantar a la moda
de décimas pa los santos,
dentro a la iglesia, con pompa,
el Presidente, la Infanta,

y la comitiva toda.

Carta quinta

He estao en la Exposición

que ha preparaao la Rural,
pa comprar el animal
que sea de mi elección.

Todo cuanto diga, es poco
y referirlo no sé,
porque cuanto allí se ve,
es para volverse loco.

¡Qué vacas! ¡Qué parejeros!

¡Qué toros! ¡Qué caballada!

¡Qué crías! ¡Qué mestizada!

¡Qué ovejas y qué carneros!

¡Qué fletes de andar! ¡Qué yuntas!

¡Qué petizos! ¡Qué frisones!

¡Si están en esos galpones,
todas las estancias juntas!

¡Si de ver uno no acaba
la riqueza que hay allí!

¡Solo de escrebirlo aquí,
se me está caindo la baba!

Al ver hermosuras tales
siento un orgullo profundo:

¡Podemos correr al mundo
tan solo con animales!

¡Siento que estés en el rancho,
y no conmigo, mi china,

al mirar tanta gallina
ponedora, y tanto chanco,

tanta paloma casera,
tanto pato y gallineta,

de que atascada, repleta,
se admira la pajarera.

Quisiera tener la plata
de Peraira u Anchorena,

pa tanta cosa tan güena
poder llevarte, mi ñata;

pero qué hacerle al dolor,
si el perro mundo es ansina:

¡Si uno nació para espina,
y otro nació para flor!

Poco te diré, Benita,
en custión de maquinaria,

como de vetenaria,
ques una sencia infinita,

pues pa curar animales,

hay más dotores aquí,
que hay cardales por allí,
¡Y fíjate si hay cardales!
Hay de máquinas, sin fines,
pa dar agua, pa hacer luz.
Yo creo, ¡por esta cruz!
¡Que hasta pa hacer chiquilines!
Vos ves unos cajoncitos,
bien hechos, asiaos y nuevos...
los tapas, llenos de güevos,
los abris... ¡puros pollitos!
Hay un cuarto, como almario,
de yelo, donde una res
encerrás, y la comés
para el otro centenario.
De fierro, dentro de un buje,
cual mangangá rezongando,
hay unas ruedas, rodando
sin que naides las empuje.
Dicen que en ellas está,
aprisionada en su afán,
esa juerza del imán
que llaman letricidadá.
Deai pal movimiento entero
sale un bárbaro poder,
que hace todito mover
con unas cinchas de cuero.
Y mirás todo ese infierno
de fierros, grandes y chicos,
que hacen, dende el pan de picos,
hasta los paines de cuerno.
Con las vacas, no hay porfía,
ni cinchón para maniarlas,
hay máquinas pa ordeñarlas,
sin apoyarlas la cría.
Dirás ques un disparate,
y es lo cierto, te repito
un balde te dan llenito,
mientras vos chupas un mate.
¿Y de araos? ¡No digo nada!
Igual que de sembradoras,
de rastras, de segadoras,
pa alfalfa, trigo, u cebada.
¡Qué lejos, Benita, estamos
de aquel arao con mancera,
de una reja, chica y fiera,
con que nuestra tierra aramos!
Cuando detrás caminando,
del guai osco y del chorriao

iba yo, medio despiao,
la tierra virgen melguiando;
de aquellos guaices, uñidos
al yugo de palo tosco,
que al grito de ¡Chorriaio! ¡Osco!
Daban humildes mugidos,
y con la cabeza baja
a mi grito obedeciendo,
iban en la pampa abriendo
de tierra negra una faja.
¡Ya todo eso se acabó!
¡Tantas cosas se acabaron!
Pero si aquellas pasaron,
siempre las recuerdo yo;
porque aunque en buena salud
hoy disfrutamos la vida,
nunca el corazón olvida,
sus años de joventú.
Pobres éramos; pasamos
una punta de estrecheces.
Pero hoy, mirá como a veces
al mirarnos suspiramos,
y no es falta de pasión
lo que nos aflige ansina.
¡Es que no es lo mismo, china,
el rescoldo quel tizón!
Como no es igual charlar
garifo y sin una lata,
que cuando uno tiene plata
de sobra pa voraciar.
Güeno, bajemos la prima
y dejemos las tristuras...
¡Que siempre hay nubes oscuras
en la tarde más devina!
Muy pronto abrazarte espero,
que en volver al rancho tardo,
como peluza de cardo
que hace volar el pampero.
Y ya que hablo de volar,
dejame decirte aquí,
lo que, yo no sé si vi,
o tal vez llegué a soñar.
En un potrero vecino,
que le llaman el podromo,
y hay una ramada, como
un gallinero de pino,
en que de todos colores,
con plumas y bien pilchadas,
se miran allí, estibadas,

mil familias de dotores:
dos gringos, a cual más fiero,
con gorros hasta las cejas,
y tapadas las orejas
con unas cosas de cuero,
se presentaron llevando
un rarísimo almastrote,
que arrempujaron al trote,
a toda juria arrastrando.
Yo me hice aquello explicar,
preguntándole a un vecino,
que me respondió ladino:
-Son máquinas pa volar.
Fue tanta la rabia mía
al creerme tomao por lelo,
que le dije: -¡De su agüelo
vaya a rairse, u de su tía!
-Yo no me burlo, paisano
-me contestó con güen tono-
ésa máquina es un mono..
-¿Qué dice?
-Es un monoplano.
De nuevo me retobé,
y mirándolo a la cara,
le retruqué con voz clara:
-¡Mucho más mono es esté!
El hombre no se enojó,
y me explicó con pasencia,
unas cosas de la sencia
de viación... u ¡qué sé yo!
-Aura verá en el cajón,
maniobrar el hombre aquel,
y como sale, en tropel,
bien prendido del timón;
Y en menos que un gallo canta,
con aquella maquinita,
hace andar esa ruedita,
y en el aire se levanta.
Y, mesmamente, así jue,
como me dijo aquel hombre...
¡Ya no hay nada que me asombre
más que lo que presencié!
No te diré más razones
sobre este particular,
pero ¡yo he visto volar
¡A un hombre con dos cajones!
Todo el mundo palmotiaba
y gritaba ¡Viva! ¡Viva!
Y cada vez más arriba,

el pájaro aquél volaba.
Porque era ansina, patente,
un pájaro, aquel malvao,
y vos hubieras dudao,
de que aquél bicho era gente.
¿Has visto encima del rancho,
cuando hemos carniao en casa,
como con porfía pasa
por los aires un carancho,
y se oyen mil gangolinas,
de gritos y confusiones,
conque salen, a montones,
del cicutal las gallinas?
Pues nada puedo encontrar
a aquello más igualito
abajo, grito y más grito,
¡y él volar, y más volar!...
Al fin el hombre bajó,
con toda felicidad.
¡Vieras qué barbaridá
China, lo que allí pasó!
Todos querían tocarlo,
o ponerselé cerquita,
y hasta una moza bonita,
vino corriendo a abrazarlo.
Yo con mil cavilaciones,
me alejé de aquel lugar,
pensando: «¡Hasta pa volar
hoy son güenos los cajones!»

Salí de ahí como un borrico
asustao, cuando pasó
un mozo, y me preguntó
-¿Se acabó el «concurso y pico»?
-¿Qué dice, amigo? -medio opa
contesté -¿Riña de gallos?...
-¡No! ¡Los saltos de caballos!
¡El premio de la gran copa!
-¡A éste le falta un tornillo!
Pa mi poncho dije yo,
pues vide que se riyó,
como un loco, o como un pillo.
-Ya veo que no es pueblero
-siguió aquel hombre riyendo-
le aconsejo vaya yendo
pa ese con curso, aparcero,
allí se divertirá
viendo los pingos volar.
¡Casi me pongo a temblar

al oír tal barbaridá!
-¡Cómo! ¿Los fletes también
se hacen pájaros hoy día?
¡Por Dios que no lo creería,
si un hombre, ansina, de bien,
como por su ropa nueva
usté a la cuenta ha de ser,
no me viniera a vender
de zopetón, esa breva!
¿Y ande es eso?
-En el portón
grandote que allí se ve...
¿Quiere venir?
-Güeno, iré
aunque no lo craiga, don.

¡Había sido verdá!...
Güeno... Volar... tanto, no;
pero te asiguro yo,
ques una temeridá,
lo que sin más aparatos
que unos palenques altotes,
hacen esos barbarotes
que más que pingos, son gatos.
Por oficiales montaos,
vienen a toda carrera,
Y ¡zas! saltan la tranquera,
y siguen muy desahogaos.
La custión es, la parte alta
del palenque no tocar,
pues si la llega a voltiar,
ya le atracan una falta.
Algunos, un molinete
hacen de golpe, al llegar,
lo cual obliga a cerdiar
en el cogote al jinete.
Pero hay otros... ¡Virgen mía!
que son lo mesmo que cabras,
y yo no tengo palabras
pa contarte su osadía.
También saltan un jagüel
como un arroyo de anchote,
si lo yerran, de cogote
va el pichón de coronel.
Y la opinión que siempre anda
con la suerte acollarada,
le da al caído una silbada,
y al feliz ¡vivas! y banda.

También vide las carreras
que llaman del yoque-clu.
Mucho lujo, joventú
y plata por donde quieras.
Yo, pa decir la verdá,
aquello no comprendí,
vi caballos, eso sí,
de mucha velocidá,
pero corriendo en montón
y montaos por volantines,
en silla, con espuelines,
y estribando muy cortón.
Después, purita campana,
y relojes y tableros,
y números, y entreveros,
y griterío y jarana.
Yo, por no andar aburrido
y pa la suerte probar,
me jui para un palomar,
con un mozo en cada nido,
que le llaman el es pior...
güeno... algo ansina en inglés,
y allí, pedí dos u tres
boletos de lo mejor.
Me los dieron, los guardé,
y llevándome una lista,
pa un cerco que llaman pista,
despacito me largué.
A un mozo que estaba liendo
le pregunté: -La tercera,
¿cuándo es?
-Es esta carrera
que aurita vienen corriendo.
¿Tiene boletos?
-Dejuro.
-¿Me los muestra?
¿Y por qué no?
-Usted también, como yo
Boletos compró a Pan duro.
-¡Cómo! ¡Yo compré a un caballo!
¡Yo no he compraó pan ninguno!
-Sí así se llama el lobuno
que viene en punta, tocayo.
Mireló... ¡Viene solito!...
...¿Pero ese otro que lo alcanza?
¡Ahijuna! Si es ¡Sancho Panza!
¡Un mancarrón de carrito
de panadero!... ¿No ve?
¡Para esto la plata expongo!

Aquí hay ¡tongo!, amigo ¡tongo!
¿No se lo decía a usted?...
-A mí no me ha dicho nada,
y menos eso tan fiero...
-¡Pues sí venía primero
ganando a la disparada!
Y aura... mírelo... se ha echao,
¡ése canalla de yoque!...
¡Vea amigo!
-No me toque,
que ya veo.
-¡Está compraó!
¡Por un cuerpo y medio o más,
la ha perdido el miserable!
¡Y usted no quiere que yo hable!...
¿Que no quiero? ¡Hable no más!
Si ya en la misma balanza
en un rinconcito oscuro,
hablaba el yoque «Pan Duro»
con el yoque «Sancho Panza».
¡Y era la matufia viva
que acaban de hacer aquí,
lo que trataban allí,
pa echarnos patas arriba!

Mis tres boletos saqué,
pa romperlos, y el paisano
aquel me agarró la mano
diciendo: -¡Si son placé!...
¡No los ruempa! ¡En este mundo,
la suerte es ciega aparceró!
¿No ve que en vez de primero
Pan duro llegó segundo?
-¿Y? Perdió. Que duda cabe...
-¡Pero si es placé, le digo!
Vaya a cobrar.
-Mire amigo,
no soy ningún loco... ¿Sabe?
Si me ha tomao pa la risa
medio a medio se ha engañao,
yo a más de un guapo, he dejao
por faltarme, como en misa.
-Güeno; démelos a mí,
si no los quiere cobrar...

Yo medio entré a desconfiar
al ver que me hablaba así.
-¿Y ande pagan? -dije yo,
más calmao.

-Ahí, aparcerero
en el mesmisimo aujero
ande usté los alquirió.
¡Ya no tengo más que ver,
ni hay naides que vea más!...
Aquí al que viene detrás,
a ese le llaman placer.
Medio medio desconfiao,
los boletos presenté,
al mozo a quién los compré,
y habiéndolos revisao,
de una cajita de lata
un rollo grande sacó,
y contao, me presentó,
¡un montonazo de plata!

Mucho más te contaría,
si el tiempo no me faltara,
porque aquí hay asunto, para
otro tanto todavía.
Pero es juerza contentarse,
con lo que ya te he escrebido,
que me parece que ha sido
como hasta pa publicarse.
Depués, hay mucho que está,
como quien dice, en «veremos»
y explicar lo que no vemos
es una dificultá.
Hay sus morrudas hetarias
de casas en construcción,
que son para exposesión
de estuatas y maquinarias.
De cosas para curar,
a los hombres que padecen,
y otras, que un surtido ofrecen,
de cosas para matar.
Después, hay de mueblería,
de calzao, de comestibles,
de alumbrao, de bebestibles,
de ropa, y ferretería.
El trigo, por de contao,
como el lino y la cebada,
tienen casa preparada,
con todo bien arreglao.
En fin, Benita, aquí está,
en apiñado montón,
todita la creación
la campaña y la ciudá.
A más dicen que vendrán

de todas partes, doctores,
y hasta unos amasadores
muy mentaos, de cierto pan
que le han puesto «americano»,
que todo el mundo pondera,
y que ha de ser de primera,
porque es amasao a mano.
Si el pensamiento se aceta,
y yo por aquí estuviera,
te llevaría, aunque fuera
una bolsa de galleta.
Dicen que van a juntarse
los médicos y abogaos,
pa arreglar unos trataos
que están por embarullarse.
Yo, mi china, tengo miedo,
questos con tanto alegar,
en vez de desenredar,
no embrollen más el enrielo.
Para celebrar la cosa,
mi güena vida se dan;
comen bien, beben champán,
(ques limonada graciosa)
y en el pueblo, esta chuscada
se canta en diversos modos:
«Limonada, beben todos
y el pobre naranjo, nada.»
Aunque más que bebedores,
se oserva en estos momentos,
como han salido por cientos,
los mozos discursiadores,
pues no hay clu, plaza u café,
que en una silla, o un tronco,
no esté un mozo, medio ronco,
gritando, y o no se qué.
Yo no he sentido, endeveras,
en medio a la confusión,
más palabras que: ¡Nación!
¡Libertá! ¡Patria! Banderas!...
Y basta y sobra, con eso,
pa volver la gente loca,
que grita abriendo la boca,
a reventarse el pescuezo.

Ya se me acerca el momento
de volverme por allá,
en donde mi amor está
y vive mi pensamiento.
Lo único que me detiene,

es la custión del padrillo,
porque entre tanto potrillo,
no acierto cual me conviene.
Creo que me he decidido
por un pingo pangaré;
esta noche pensaré,
y si me resuelvo ¡envido!

Carta sexta

¡Benita! ¡No te asustés,

pero rejuntá valor,
que te va a causar horror,
lo que te escribo esta vez!
Yo mesmo, haciéndome bola,
me he refugio en mi encierro,
que estoy lo mesmo que un perro
al que le han cortao la cola.
Yo no sé como decirte
lo que me pasa... Lo pienso,
y al pensarlo me avergüenzo,
y no me atrevo a escribirte.
¡Este mundo está perdido!
¡No hay un hombre en quien confiar,
y el ques medio rigular,
de golpe se hace un bandido!
Dirás que lo que me pasa,
lo tengo bien merecido,
porque sigún vos, he sido
siempre el sonso de la casa.
Pero eso es puro un decir,
porque pal pillo u ladrón,
no hay viveza, en la ocasión,
que al hombre pueda servir.
Ayer voy a la Rural,
por el asunto del flete;
saco el caballo del brete,
y no me parece mal.
Del lomo está parejito,
lo mesmo que del encuentro,
le miro la boca adentro.
Es un potrillo nuevito.
El pescuezo es bien cortao,
y no tiene el anca chata,
le sobo bien cada pata...
tampoco está avejigao,
tiene linda la cabeza
alzada de buena pinta,

y en los ojos como tinta,
le hace llamas la viveza.
El propietario es un criollo,
que me lo arregla barato;
ahí no más cerramos trato,
y yo hecho mano a mi rollo.
Saco un papel, y me río
viendo otro, y digo: -Mi china,
me ha envuelto el dinero ansina,
pa defenderlo del frío.
Pero de cuatro en seguida,
con otro papel me encuentro,
y ya a incomodarme dentro,
con la barbara envolvida.
-No se apure; es necesario
tener calma -dice el criollo.
-Pero no ve que este rollo
es puro papel de dario!
Metiendo l'uña por medio,
ruempo a la juria el paquete:
¡No había allí...! ¡La gran siete!
¡Ni un nacional pa remedio!
Lo pior es que me miraba
el hombre, y reía a llorar,
y pal clavo remachar,
el potrillo relinchaba.
Yo, furioso como tuto,
el pelo me entré a arrancar,
y mil cosas a gritar,
pataliando como un bruto.
El hombre me dijo: -Vea
amigo: eso ha de ser
un chasco de su mujer.
-¡Un chasco!... ¡Puede que sea!
Contesté con güenos modos,
pues ya se juntaba gente,
y el cristiano ques prudente,
es respetado por todos.
-Voy a escribirle a Benita,
por si me ha hecho esta jugada...
¡Vea que china malvada!
¡Darme, ansina, esta bromita!
Lleve el caballo pa dentro,
y échele pasto, aparzero...
Mañana trairé el dinero
pa comprarlo, si lo encuentro.
-¿Y vive lejos, paisano?
-Cerquita de la estación
que llaman Custitución,

en la esquina de esta mano.
-Ya sé; en lo de Rebollo,
-Mesmamente, lo acertó;
Ahí jue donde me llevó
el que me alivió del rollo.
-Pues se lo voy a guardar
-contestó el hombre riyendo,
y ansina que se iban yendo,
volvió el pingo a relinchar,
como diciéndome: -«¡Pavo!
»por ser un gaucho inorante,
»te quedás en este istante
»sin flete, y sin un centavo!»
A trompezones salí
como un mancarrón bichoco,
y lo mesmito que un loco,
en un tranguay me subí,
qu'iba pa Custitución...
Mirá china: ¡qué herejía!
¡Custitución!... ¡Virgen mía!
¡Cuatrerismo y perdición!
¡Fuera su nombre apropiado,
porque allí mesmito jué
ande al canalla encontré
que la plata me ha robao!
Sí china: aquel Nicanor,
tan güenazo y tan ladino,
que me sirvió de pagrino,
de maistro y de protetor;
que me llevó al almacén,
que me amostró la ciudá,
que ganó mi voluntá
engañándome tan bien;
que al prencipio me pagó
todo cuanto gastó hacía,
porque por nada quería
que me incomodase yo;
quera como esclavo mío,
pa servirme voluntario.
¡Era un ratero ordinario!
¡Era un cuentero del tío!
¡Como quien a un chancho ceba,
así ese mozo ladino,
para sacarme el tocino,
me dio pelada la breva!
La noche quel desalmao
bolsiquió mi tirador,
acetando con rubor,
tartamudo y colorao,

un pucho de mi dinero,
una miseria, una nada,
porque dijo que olvidada
una cartera de cuero,
había dejao... no sé...
¡De pesos un montonazo!...
Ahí mesmo me hizo el cambiazo,
y con mi plata se jue.
Yo el tirador me prendí,
y como tenía suelto,
dende esa fecha, no he vuelto
a ver lo que hoy día vi.
En el fondín, mi desgracia
relaté con güenos modos,
¡Y al oírme riyeron todos...
a todos les hizo gracia!...
Fue entonces que recordé,
lo que el dotor me decía,
cuando el corazón sentía
envarao, y lo llamé:
-Mire, no tenga aprensión
usté está jüerte, está sano...
¡Qué corazón! ¡El cristiano
hoy nace sin corazón!

Si endeveras me querés,
no me reprendás, Benita,
puede que lo que hoy nos quita
Dios, nos devuelva después.
Lo que yo siento, endeveras,
es volverme para el pago,
sin nada para tu halago,
de tantas cosas puebleras
como he visto y cudiciao,
pa regalarte, mi china...
Ya ves ¡esta suerte endina,
a los dos ha maltratao!
Y también siento... (¿Por qué
no he de decirlo?) tan fiero,
quedar con el estanciero,
y dejar al pangaré.
Mesmo, estaba enamorao
dese flete ¡Virgen mía!
que retozando lo vía
ya en el potrero alambrao.
Al ñudo me aflijo... al fin,
debo a Dios las gracias dar,
que me ha dejao pa pagar
los gastos deste fondín,

y pa volverme a mi casa.
A naides quiero, eso sí,
que si pregunta por mí,
le digás lo que me pasa.
Vos sabés que en la ocasión,
naides nos ha de ayudar,
y pal prójimo achurar
siempre hay gentes en montón.
No importa, ha sido fierazo
el manotón, es verdá;
pero todo pasará
¡en cuanto te dé un abrazo!

¡Abro esta carta a la juria,
pa darte el gusto mayor!
¡Hay en el cielo un Señor
y es ingrato el que lo injuria!
No hay que desconfiar, ni menos
andar con la suerte a palos,
porque si hay hombres muy malos,
hay otros que son muy güenos.
Ve lo que me ha sucedido,
y me darás la razón
andaba medio tristón,
y como perro perdido,
liando mis pilchas y apero,
pa dirme pa la estación,
y tomar sin dilaición
esta tarde el tren nochero,
cuando ligero, risueño,
y resollando apurao,
como un bagual asustao,
llega, de la casa el dueño.
Se me hizo, al verlo dentrar,
una bola el corazón,
porque dije: -Este ladrón
cree que me voy sin pagar;
y más, cuando muy ufano,
y con aire de insolencia,
vi, que como una sentencia,
traiba un papel en la mano,
-¡Don Martín!... dijo temblando
y casi haciendo un puchero,
como al cantar pal carnero,
habla un cristiano, boquiando.
-No se apure, don Rebollo
-le dije de mal humor-
pa hacer a mi cuenta honor
no ha de faltar otro rollo.

-¡Pero si no es eso, amigo!
¡Había sido desconfiao!
¡Vea; no tome, cuñao,
la paja brava por trigo!
-¿Y entonces?...
-Escuchemé:
ahí está de la Rural,
un pión, con un animal,
que pregunta por usted.
-¿Un animal?... ¿Cómo ha dicho?
-¡No es pa tanto! ¡No se asombre!
-¿No dijo que por mi nombre
preguntó? ¡Qué raro bicho!
Solamente por acá
se pueden ver cosas tales...
¡Oír hablar los animales!
¡Solamente en la ciudá!
¿Y qué dijo?
-El hombre aquel...
(que fue el hombre quien habló)
por usted me preguntó,
y le manda este papel.
- A ver?... Alguna macana,
como dicen por acá
(leyendo)
¿Qué dice?... ¿Será verdá?
¿No será alguna jarana?...
Mire amigo don Rebollo,
no hay que jugar con la gente;
¡este horno está muy caliente
y ya no almite ni un bollo!
Tengo la sangre quemada,
por lo que aquí me sucede.
¡Y hasta un matao viejo, puede,
dar de rabia una patada!
Si es por tomarme por sonso
esta carta, al que la ha escrito,
le juro que entre un ratito
le están rezando el responso.
¿Qué se han craido estos pueblers,
que uno viene a la ciudá,
pa andar como un aperia,
a quien corren los matreros?
¡Vamos! Muestremé por fin,
a ese mentao lenguaraz...
-¡Había sido voraz
de carater, don Martín!
Venga a convencerse, amigo,
que yo con naidas me juego.

Venga, que verá muy luego,
cómo es verdá lo que digo.
Ante tamaña razón,
voluntario cabrestié,
y así que al patio llegué,
me dio un brinco el corazón
allí estaba, pintorcito,
con el cabresto jugando,
llovedizo, y escarciando,
aquel pangaré bonito,
que me había enloquecido
dende el día en que lo vi,
y al que, pa dentro de mí,
ya lo daba por perdido.
¿Pa que entrar a relatarte
lo que habrás adivinao,
y queste papel amao
lías mejor podrá contarte?
Copio lo que me escribió
aquel criollazo argentino,
conque, güenazo el destino,
en mis penas me brindó:

«Amigo don Martín Oro:
Permítale a su paisano,
al estrecharle la mano,
que es de un hombre con decoro,
hacerle el ofrecimiento
del potrillo pangaré,
por el cual demostró usted
tanto interés. Solo siento
que esto que hago en este instante,
no se me hubiera ocurrido,
en el día en que afligido
fue usted, por aquel tunante.
Lo vi, mi amigo y señor,
por la traición ofendido,
Y que no era lo perdido
la causa de su dolor.
La tradicional y sana
honradez, del gaucho viejo,
vi en luminoso reflejo,
surgir de su alma paisana.
Y al recordar las proezas
de mil gauchos argentinos,
que fundaron los destinos
de esta patria y sus grandezas,
dije: -Por esta memoria,
el gaucho, que es el pasado,

bien merece ser honrado
¡tras de cien años de gloria!
Pongo el caballo en sus manos
pues sé que lo ha de apreciar...
Hoy es uso regalar
caballos, a soberanos...
Y yo no sé si lo acierto,
pero esta mi fantasía,
ve una vieja monarquía
en los gauchos del desierto.
Ojalá que el pangaré,
salga como yo deseo,
y que mejore el procreo
porque se desvela ustedé.
Siga ustedé así, ejecutando
su patriótica misión;
si el gaucho nos dio nación,
que hoy la agrande, trabajando.

¡Con lágrimas, entrevero
este relato adoraó!
¡Si hasta doy por bien robao
lo que me robó el ratero!
Este caballo, de fijo,
es una suerte bendita...
¡En nuestra casa, Benita,
dende hoy tenemos otro hijo!
Me voy para la estación
pa acomodarlo a mi pingó.
Pasao mañana, domingo,
te daré un güen madrugón.
¡Qué abrazo largo y estrecho
te voy a dar!... Acordate
de prepararme un güen mate,
y para él, maíz con afrecho.
Salgo alegre y voluntario
desta ciudad de placer...
Pero ¡juro no volver...
ni pal otro centenario!

La visión de la Pampa

La visión de la Pampa
Harmónicas

Visión sagrada y hermosa
que brilla en la mente mía,
como en la noche sombría,
una estrella luminosa.

Evocación misteriosa
que surge en mi fantasía,
como, vertiendo alegría,
la cristalina corriente
de agua pura y transparente,
brota en la sierra bravía.

Extensión de tierra y cielo
que el horizonte limita,
y cuya vida palpita
y alienta en gigante anhelo
en la luz pura, en el vuelo
del pampero, esa infinita
ala de viento, que agita,
el espacio y lo estremece,
y al turbión que lo oscurece,
en la nada precipita.

Yo tengo de ti, desierto,
el recuerdo triste y santo,
de aquel ser, que entre mi llanto,
¡besé para siempre muerto!
En ti sueño, y si despierto
oigo un eco de tu canto;
y así como arde el amianto
sin consumirse, te veo
siempre ardiente en mi deseo,
que es esclavo de tu encanto.

¡Ay! ¡Quién me diera vivir
tu soledad bendecida,
que da a nuestra fe vencida
alientos para existir!
¡Quién pudiera resurgir
en tu entraña estremecida,
de esta ominosa caída,
mil veces peor que la muerte,
con que nos hunde la suerte
sin arrancarnos la vida!

¡Oh, Pampa! ¡de tu misterio
yo sé como nadie sabe!
De tu música la clave
que en el sacrosanto imperio
del silencio, en tu salterio
canta el insecto y el ave,
guardo el acorde suave,
la celestial armonía,
que vibrar Platón sentía

en los astros, dulce y grave.

Yo conozco los cardales
que salpican tus laderas,
tus treboladas praderas,
tus leonados pajonales;
los blandos tembladerales
que disfrazan traicioneras
algas y plantas rastreras,
que dan marco a tus lagunas;
el médano de tus dunas,
el tala de tus taperas.

Yo evoco en el pensamiento
tus senderos sin destino,
donde alza en su torbellino,
fantasmas de polvo el viento;
por donde pasa, sediento,
el venado peregrino,
que algún rumor repentino
sorprende, y el aire husmea,
mientras el tero alertea
en el bañado vecino.

Veo en tu tarde abrasada,
bajo el sol, tu dios ardiente,
ese vaho transparente
que tremola en la quebrada,
y de cuya onda azulada
se ve surgir de repente,
una ciudad imponente,
que un soplo fugaz destroza
de la brisa, que retoza
en el campo alegremente.

Junto al chircal espinoso
veo tu playa campera,
en que alza la vizcachera
su montículo gredoso,
y siento el grito angustioso
de alguna lechuza autera,
que sorprende en la ladera
a la perdiz escondida,
que vuela, y lanza en la huida
su cromática ligera.

Veo tu arroyo, que lento
mueve su linfa estancada,
a que riza de pasada

con moaré de plata, el viento.
Tras de las totoras siento
el rumor de una bandada,
y de una garza nevada
veo el bolido indolente,
que va a ras de la corriente,
por su espejo retratada.

Y el manto de tus gramillas
veo, tendido a la espalda
de tus lomas, que de gualda
salpican mil florecillas,
hermanas de las sencillas
flores de aquella guirnalda
que por prados de esmeralda
pasara Ofelia juntando,
para ir luego derramando
de los pliegues de su falda.

Por el pajonal vecino,
veo pasar, cautelosa,
con su planta sigilosa
una gama. Atento y fino
su oído inquiere. El camino
que llevara, recelosa
tuerce, e inquieta y airosa,
huyendo al puma en acecho,
corre, salvando un repecho,
en fuga vertiginosa

En invertida cascada
veo la nube plumiza
que ondulante se desliza
de la quemazón airada.
Soplando en su llamarada
cálido el viento la atiza,
y el matorral carboniza
con fragoroso chasquido,
dejando a su andar tendido,
el manto de su ceniza.

Ante sus ascuas voraces
huye la bestia asustada,
y levantan su bandada
las palomas montaraces;
tiñen las nubes sus faces
con su vislumbre encarnada,
y como una llama alada
que fuera a incendiar el cielo,

va de flamencos un vuelo
huyendo a la desbandada.

Veo el ñandú majestuoso
que esponja al sol sus alones,
y oigo de los charabones
el silbido quejumbroso,
mientras golpea afanoso
con profundas vibraciones
su mina el tuco, y los sonos
de aquel rítmico sonido,
parece un compás batido
del desierto a las canciones.

Y tus valles desolados
que cruzan inmensos ríos,
veo, tristes y sombríos,
por la vida abandonados,
paisajes imaginados
por los reprobos impíos,
en medio a los desvaríos
de sus febriles delirios:
de los dantescos martirios
páramos tristes y fríos.

Contraste de los ardores
con que tu sol te regala;
sombra que negra resbala,
huyendo a los esplendores
de la luz, que en mil fulgores
tu inmensa extensión exhala,
y que una zona señala
con proyecciones medrosas,
como en las horas dichosas
se desliza una hora mala.

¡Oh, Pampa! mi alma hace alarde
de recordar soñadora,
el rosicler de tu aurora,
la púrpura de tu tarde;
tu sol brillante en que arde
la potencia creadora
que en ti vierte, y atesora
tu tierra, virgen fecunda,
a que su calor inunda
y su luz ardiente dora.

Yo he soñado entre los velos
de tus noches azuladas,

muchas páginas pasadas
de mis pasados anhelos.
En el fondo de tus cielos,
en tus estrellas plateadas,
he mirado descifradas,
mil incógnitas historias,
fantasmas de antiguas glorias,
en mi pecho sepultadas.

Y ha cruzado por mi mente
tu poema largo y vario;
tu pasado legendario,
tu porvenir esplendente;
ese dualismo imponente
que une la gloria al calvario,
y que arranca del sudario
una vida luminosa,
cual sale la mariposa
de su encierro funerario.

¡Yo he visto al indio salvaje
en su potro enardecido,
invadirte al alarido
de incendio, muerte y pillaje!
Luego, he visto a tu gauchaje,
acosado, perseguido,
bajo el yugo envilecido
del más rudo despotismo,
que hacía de ti un abismo
amenazante y temido.

Y he visto la ciudad muda,
como el alma ante la muerte,
con ese estupor inerte
que inflige una pena ruda,
contemplándote desnuda,
como esclava a que convierte
el mercader, de un ser fuerte,
en un vil montón de lodo,
que así, de ese mismo modo,
llegaron a envilecerte.

Y luego, he visto en tus llanos,
el escenario luctuoso,
donde se libró, rabioso,
un largo duelo entre hermanos.
Los fastos americanos,
señalan como el medroso
sitio, en que el alevoso

puñal derribó una vida,
la página aborrecida
de tu pasado ominoso.

Pero invencible y constante,
vagaba con raudo vuelo,
detrás del fúnebre velo
de aquel tenebroso instante,
el espíritu arrogante,
el indomeñable anhelo
que dio libertad al suelo
de esta región argentina:
chispa genial y divina
de los fulgores del cielo.

Como el soplo soberano
de tu gigantesco aliento;
como el Pampero, ese viento
nativo, que corre ufano
sobre el dorso de tu llano
a que acaricia violento,
juntando en un sólo aliento
a las grandezas más grandes:
tu inmensa extensión, los Andes,
el espacio, el océano,

viene, pasa, y ya perdida
su sombra, se desvanece,
y la tierra se estremece
callada y desfallecida,
pero siente que su vida
reanima y rejuvenece
nuevo vigor; que florece
su campiña más lozana,
y que al nacer la mañana
más puro el sol resplandece.

Así, de tu campo abierto
vino ese soplo imponente,
de que era el alma inmanente
la libertad. Rumbo cierto
tuvo el porvenir, que un puerto
marcó la estrella luciente
en la bóveda esplendente
de tu cielo ¡oh Pampa hermosa!
Y a la bandera gloriosa
besó el aura del desierto.

El litoral limitado,

buscó nuevas expansiones,
y las guerreras legiones
precursoras del arado,
ese tu suelo ignorado
que asolaron los malones,
conquistaron. Sus jalones
plantó el progreso en seguida,
y un grito de nueva vida
estremeció a las naciones.

Era ese el advenimiento
de un gran pueblo a su destino,
pues se llenaba el divino
augurio, que en el momento
de emanciparse, un acento
profetizó repentino
«en un trono diamantino,
de laureles coronada,
alzando a la patria amada
de todo pecho argentino.»

Era la idea primera
de la gran nación unida,
que de la estatua derruida,
alzaba la estatua entera;
era la nota guerrera,
en ¡hossana! convertida;
era el agua, que, nacida
del manantial del desierto,
transformaba un pueblo muerto,
en un emporio de vida.

La fama de tu grandeza,
llena del mundo el ambiente,
y ya no hay ignota gente
que no sueñe en tu riqueza;
no hay pensadora cabeza
que en ti no fije la mente,
como en la clave evidente
del misterio del futuro,
como porvenir seguro
del viejo mundo indigente.

¡Oh Pampa! En los pastizales
de tus agrestes vergeles,
ya van tendiendo los rieles
sus paralelas triunfales.
Ya los cristianos trigales
matan tus yerbas infieles.

Ya los sajones corceles,
los exóticos ganados,
son los reyes de tus prados
los dueños de tus jagüeles.

Tu potro, tu gaucho errante,
tu oveja de larga lana,
tu toro... tal vez mañana
en esa escena cambiante,
no quede un rasgo, que amante
pueda la memoria humana
recoger. La soberana
ley del progreso, lo mismo
que el brazo del despotismo,
cuanto se le opone allana.

Yo que admiro tu destino,
que tu grandeza completa,
no puedo en el alma inquieta
sofocar un repentino
suspiro, que hacía el divino
recuerdo de tu silueta
salvaje, vuela: saeta
que ya no dará en el blanco,
que a mi corazón arranco
de su carcaj de poeta.

¡Noches de la Pampa mía!
¡Perfumes de la alborada!
¡Siesta ardiente y abrasada
por el sol del mediodía!
¡Alto silencio, poesía
de la soledad amada!
¡Frescores de la enramada!
¡Fuertes soplidos del viento!
¡Murmullo místico, aliento
de lo inmenso o de la nada!

De vuestra evocada gloria
derramad aquí el encanto.
¡Soplad el hálito santo
de esa pasada memoria,
que, desterrada a la historia,
se aleja bañada en llanto,
del suelo que amaba tanto,
y que yo también, gimiendo,
salvar la visión pretendo
en los ecos de éste canto!

El Recao

El Recao

Con el cinchón bien sobao,

haciendo del todo un lío
bastos, chapiao, prenderío,
está en el suelo el recao.
Al mirarlo he recordao
aquel tiempo sin dolor,
cuando de mi vida en flor,
que era un purito domingo,
cruzaba el campo en mi pingo
llevando en ancas mi amor.

Al desatar la envoltura
de las prendas, he sentido
como si de un ser querido
abriera la sepultura.
Todo un mundo de ventura
se me ha presentao allí
el ranchito ande nací,
el ombú que le da sombra,
el pastito como alfombra
en que mil noches dormí.

Las estrellas como flores
de luz, en lo hondo del cielo;
el griterío de un vuelo
perdido de silbadores,
las bocanadas de olores
que vienen del campo abierto,
el vientito del desierto
al ir aclarando el día,
la mañana... la alegría
del silguerío dispierto;

el rayo de sol primero
que va a besar a la loma,
el gemir de una paloma,
el gritoniar de un hornero;
la diana alegre de un tero
que hace guardia en el baño;
de un toro viejo, encelao,
el bramido de sus quejas;
el balar de las ovejas,
los mugidos del ganao...

A mi oscuro renegrado
he sentido relinchar,
lo mismo que el corretiar
de los perros y el ladrido.
Del gallo giro, el bolido
he visto dende la higuera,
y después, la ronda autera,
que le hacía a las gallinas,
que presumían de finas,
siendo al fin como cualquiera.

Las prendas de mi recaó
voy a mostrar despacito,
que pa mí, mucho bendito
hay en ellas encerrao.
Al lindo freno platiao
le ha tocao ser el primero,
pues tratándose de apero,
por el freno hay que empezar
cuando se ha de arrocinar
a un hombre o a un parejero.

¡Aquí está!... Nuevito en hoja
parece. ¡Tal lo he cuidao!
Sus copas son un dechao,
y un contento su coscoja.
Cuando en la rienda floja
jugaba con él mi oscuro,
ni un cristiano, de seguro,
quedaba sin almirar
de mi criollito el trotiar,
que envidiaba más de un puro.

Aquí están las cabezadas
con su testera y fiador;
la manea, el maniador
y las dos riendas platiadas;
el pretal, con sus caladas
estrellas, que con primor,
van de mayor a menor
del encuentro hasta el lomillo,
y que, en mi oscuro, su brillo
era un puro resplandor.

¡Velay los dos sahumadores
de mis estribos, grabaos
por plateros afamaos,
igual que los pasadores!
Allá en mis tiempos mejores,

cuando cruzaba el pueblito
zapatando un trotecito
atravesao en mi flete,
los llevaba de juguete
pisandolós despacito.

Estas espuelas coquetas,
de ruidosas alabadas,
colgaban destalonadas
de la alzaprime sujetas.
Al oírlas rodar inquietas
con su cócora sonido,
el gauchaje, conmovido,
decía, la voz alzando:
-¡Ahí va un gaucho galopiando,
honrao, valiente y temido!

Este rebenque, trenzao
con un tientito tan fino,
lo heredé de mi pagrino
que lo había trabajao.
De virolas adornaos,
con su argolla y su lonjita,
parece una monadita
lo mesmo que un abanico,
pero si tuviera pico...
¡Qué historias!... ¡Virgen bendita!

Aquí está el lazo, largote,
pa trabajar ande quiera,
prendido de la asidera,
ques de cuero de cogote;
cuatro armadas en un bote,
sobre la res que se elija,
puede tirarse a la fija,
y enlazarla del tirón...
Pero ¡guay del revolcón
si el julepe lo encanija!

Aquí están también las bolas
u pa avestruz, u pa potro,
y que, como dijo el otro,
«de güenas bolean solas».
De torzal fino las piolas,
y las piegras del Tandil,
apuesto aquí que entre mil
no hay otras como las mías,
pues las mesmas tres Marías
son como al sol un candil.

¡La cincha!... Sería al ñudo
querer cosa más pulida,
con la encimera curtida
y abajo de cuero crudo.
De un chúcaro, alzado, clinudo,
y a rajar con luña l'anca
que detrás de una potranca
se andaba haciendo el bonito,
sacó esta lonja un gauchito,
tan parejita y tan blanca.

Aura los bastos levanto
pa que los contemplen bien,
aquí está el centro y sostén
deste recaó a quién canto.
No sé de mi vida cuánto
a ellos me une, lo mesmito
que los dos por un tientito
van juntos como gemelos...
¡Que eso, tan sólo en los cielos,
o en la Pampa, estará escrito!

Voy a desdoblar, señores,
lo más blando del recaó:
las matras, por decontao,
y las jergas de colores.
La carona, en que mil flores
bordó un paisano ladino;
el cojinillo, más fino
que de una mujer el pelo,
y el sobrepuesto ¡ese cielo
que a ortas décimas destino!

Dejenmé que arrodillao
junto a esta prenda sagrada,
de arriba abajo bordada
por el ser más adoraó,
saque del pecho angustiao
palabras de un sentimiento,
que ni el mesmísimo viento
debía escuchar aquí,
porque ninguno ¡Ay de mí!
¡Sentirá lo que yo siento!

Junquillos, claveles, rosas,
derramó tu linda mano
sobre este paño paisano,
en horas pa mí dichosas;

cual enseñas vitoriosas,
flamiando de Norte a Su,
mi orgullosa joventú
las llevó por esos pagos,
¡buscando tal vez halagos
que estaban en tu virtú!

Sobre este paño bordao,
fui soldao y fui matrero,
fui jugador, pendenciero,
malevo y desordenao;
corriendo desatinao
en busca de otros amores,
manché mil veces las flores
que me osequió tu cariño...
¡Y aura lloro como un niño
el dolor de tus dolores!...

Tendido sobre este lecho,
tu sombra abrazo soñando,
y te cuento suspirando
las tristuras de mi pecho.
Junto a mi cuerpo te estrecho,
y como a un panal de mieles,
tus labios puros y fieles,
beso en ansias amorosas,
a que perfuman tus rosas,
tus juncos, y tus claveles!

Aura, dejenmé, señores,
que otra vez líe el recaó...
Yo... ¡ya me creiba curao
de mis antiguos dolores!
¡Pero hay rescoldos traidores
que cualquier vientito atiza,
y hoy, en la olvidada triza
de mi viejo pensamiento,
he encontrao este lamento,
escarbando en su ceniza!

En la guitarra

En la guitarra
Cuando las sombras calladas,

cubren el campo dormido,
como un manto renegrado
con mil estrellas plateadas,
las memorias en bandadas,

sobre el árbol del olvido,
cantan, del placer perdido,
el recuerdo que desgarrá;
y yo al son de mi guitarra,
les contesto en un gemido.

Cantan mi vida primera:
cuando las alas tendía
en el aire el alma mía,
como una águila altanera.
Cuando ninguna barrera
a mi ambición se oponía,
cuando ante mí se ofrecía,
el campo verde y en flor,
la juventud, el amor,
el placer y la alegría.

Recuerdo de edad lejana,
que expira en el pensamiento,
como se pierde en el viento
el clamor de una campana;
perfume de la mañana,
que pasa y muere al momento;
luz, que cruza el firmamento,
y en las tinieblas se apaga,
como esta canción que vaga
en las alas de un lamento.

Hoy, que miro a mi alrededor,
marchito, sin luz, inerte,
cuanto era viril y fuerte
de mi vida en el albor,
en este eterno dolor,
que es destino de mi suerte,
tan solo un consuelo vierte
cuando me sofoca el llanto,
dar a los aires mi canto,
¡Qué es el canto de la muerte!